

Naturaleza de los valores

1. EL VALOR

El término valor –axios, en griego– significa digno.

Antonio Linares Herrera, en su definición de valor emplea varios sinónimos: "importancia, notoriedad, dignidad, jerarquía"¹. Así el término valor hace referencia a un adjetivo calificativo comparativo de superioridad y, acaso, superlativo. No se refiere escuetamente a lo bueno, sino a lo mejor. Y –si cabe– a lo óptimo.

Si después de la etimológica, se atiende a la definición vulgar, se confirma que lo valioso se entiende comúnmente como lo mejor entre lo bueno.

Así, al menos en lo que se refiere a la definición meramente nominal, el valor se afirma como un grado en el bien. No es cualquier bien, sino un bien importante, un bien destacado.

Para acceder a la definición real de "valor", habrá que estudiar que tipo de bien es el valor.

El bien es el objeto del apetito, algo capaz de satisfacerlo (es decir, de perfeccionarlo). Así el bien tiene carácter de perfectivo. Sin embargo, como ninguna realidad puede perfeccionar a otra si no está en acto (es decir, si no posee la perfección capaz de perfeccionar), ello significa que el bien es perfecto.

Así, el bien se define como "lo que todos apetecen", o "lo perfecto" o "el mismo ser en cuanto apetecible".

"Todo arte y toda investigación científica, escribe Aristóteles, lo mismo que toda acción y elección parecen tender a algún bien, y por ello definen con pulcritud el bien los que dijeron ser aquello a lo que todas las cosas aspiran"².

El "bien es lo que todos apetecen"³, "cualquier cosa se dice buena en cuanto

1. Apud. Basave F, Agustín. *Tratado de Filosofía*. Ed. Limusa. p. 246

2. Aristóteles. *Ética Nicomaquea*. L. 1.c.1. Traducción de Antonio Gomez Robledo

3. Aquino, Tomás de. S.T. 1q. 5 a. 1

es perfecta: y así es como resulta apetecible"⁴ y "una cosa es perfecta en cuanto está en acto"⁵.

Antes se asimiló el valor al bien. Ahora se asimila el bien al ser. La razón es muy sencilla: solamente el ser es capaz de perfeccionar, sólo lo real puede saciar el apetente, porque sólo lo real, lo actual es perfecto.

"Todo ser, en la medida que es, es bueno"⁶.

El bien puede designar tres cosas: la perfección misma que se anhela –la perfección en si y, derivadamente, la perfección para el sujeto–, el sujeto que posee esa perfección –y que es bueno en cuanto que la tiene– y el sujeto que está en potencia para alcanzarla⁷.

Superado el inmanentismo que se atreve a divorciar al valor, del ser, cada vez son mas los filósofos que identifican al valor con el bien o con alguna de sus especies.

Así lo hacen: Maritain, Derisi, Basave, Rueda, Beuchot, Von Hildebrand, y, con él, la escuela fenomenológica que se aparta del inmanentismo.

La razón de bien consiste en el modo, la especie y el orden. "Se llaman buenas las cosas en cuanto son perfectas, dice el Aquinante, pues "así es como son apetecibles, según hemos dicho: y perfecto llamamos a lo que nada le falta de cuanto requiere el modo de su perfección. Pues debido a que cada cosa es lo que es por la forma, y hay cosas que la forma presupone y otras que necesariamente se siguen de ella, para que algo sea perfecto y bueno es indispensable que tenga, además de la forma, lo que la forma presupone y lo que de ella se sigue. La forma presupone que sus principios, sean los materiales o los eficientes, se adapten a ella, y a esto llamamos su "modo", y por esto se dice que "la medida predetermina el modo". A la propia forma llamamos "especie", porque las cosas pertenecen a alguna especie en virtud de ella, y la frase "el número da la especie" quiere decir que las definiciones que determinan la especie son como los números, según dice el Filósofo; porque, así como la adición o substracción de una unidad varía la especie del número, así también varía la definición si se añade o quita una diferencia. De la forma se deriva la inclinación al fin, a la acción y a otras cosas, porque los seres que están en acto, obran y tienden a lo que les es provechoso con arreglo a su forma, y esto es lo que entendemos por "peso y orden". Por consiguiente, la razón de bien, en cuanto perfección, consiste en el modo, la especie y el orden".⁸

García López explica que se puede considerar lo bueno "como lo constituido por estos tres principios: el "modo", la "especie" y el "orden". El "modo" equivale aquí a la realización concreta de cada cosa, y contiene tanto a la existencia como a la individuación de dicha cosa. La "especie" no es ni más ni menos que la esencia o naturaleza de cada cosa. Finalmente, el "orden" es una consecuencia

4. Ob. Cit. 1q. 5 a. 5

5. Ob. Cit. 1q. 5 a. 3

6. Ob. Cit. 1q. 5 a. 3

7. Cfr. Aquino, Tomás de. De Malo q. 1 a. 2

8. Aquino, Tomás de. S.T. 1q. 5 a. 5

de los dos principios anteriores: es la inclinación natural de cada cosa hacia su fin, y es la operación, o la serie de operaciones, en virtud de las cuales una cosa alcanza su fin o difunde su propia perfección a otras cosas".⁹

Los tres elementos mencionados por García López, se encuentran, desde luego, en el valor y ayudan a profundizar en su esencia.

Ahora bien, la sinonimia entre ser y bien es tal, que la extensión de uno y otro es la misma: todo ser es bueno y todo bien es ser. La diferencia entre ambos es de razón, el bien añade al ser la razón de apetibilidad "En efecto, bien y ser, en la realidad, son una misma cosa, y únicamente son distintos en nuestro entendimiento. Y esto es fácil de comprender. El concepto de bien consiste en que algo sea apetecible, y por esto dijo el Filósofo que bueno es "lo que todas las cosas apetecen". Pero las cosas son apetecibles en la medida en que son perfectas, pues todo busca su perfección, y tanto son mas perfectas, cuanto mas en acto están; por donde se ve que el grado de bondad depende del grado de ser, debido a que el ser es la actualidad de todas las cosas, según hemos visto. Por consiguiente el bien y el ser son realmente una sola cosa, aunque el bien tenga la razón de apetecible que no tiene el ser".¹⁰

¿Es así también la sinonimia entre bien, y valor ?

Afirmar que el valor es idéntico al bien no deja de constituir una opinión respetable, que, como ya se señaló, sostienen eminentes filósofos.

Parece que todo ser es valioso.

En efecto, el valor recorre todas las categorías.

Desde luego parece no limitarse a ser una substancia o un accidente.

Los seres substanciales son valiosos. La existencia de cada ser mejora el todo, así sea considerado apetecible en función del omniapetente o de algún apetente singular¹¹. Existir es mejor que no existir. Mas fácil aún es señalar cuantos seres valiosos –mas que buenos– se nos presentan: los padres, los hijos, los días soleados, las playas tropicales, los delfines, las cotorras, los ruiseñores, los inventores, los sabios, los prudentes, los santos...

En las nueve categorías del accidente –incluidas las especies positivas de cualidad–, parecen hallarse también seres valiosos.

Las facultades (potencias activas) son lo *más* apreciado para las substancias vivientes: La vista, el oído, la inteligencia, la memoria, las potencias locomotivas...

Las cualidades posibles como el mejor color de fondo para destacar el tema principal en una pintura, o los colores de una puesta de sol... se califica como mas que buenos.

9. García López, Jesús. *Lecciones de Metafísica. Ontología*. p. 171

10. Aquino, Tomás de. S.T. 1q. 5 a. 1

11. La proliferación de insectos en una casa, siendo una molestia para sus habitantes, significará, al mismo tiempo, el gozo de vivir de las crías y el regocijo de otros animalitos que pueden considerar a esos insectos como exquisitos manjares. También para el fumigador de oficio el hecho constituye un incremento en la demanda de su servicio.

Los sonidos musicales son uno de los gozos principales para el hombre –y aún, en cierto sentido, para las bestias y los vegetales–.

En las texturas de la seda o la gamuza, se encuentra el valor. También en los climas templados, en el calor del sol, en la refrigeración de una bebida...

Entre los aromas, siempre se puede encontrar uno mejor que otro, más en consonancia con la ocasión o con las preferencias. Los sabores transforman la obligación de alimentarse en una fuente de placer. Siempre puede aparecer un manjar mejor o un platillo mas bien sazonado.

Y en todas y cada una de estas cualidades posibles se encuentra la importancia de atraer y saciar a los sentidos correspondientes.

La experiencia de la pasión resulta tan buena, que es ello lo que se busca en las aventuras reales o ficticias (las cintas cinematográficas, las novelas, los sucesos destacados)... Y las pasiones gobernadas apoyan las decisiones voluntarias, las facilitan, las hacen mas amables.

Las formas y las figuras permiten la identificación de los individuos y producen gran placer¹². La pintura y la escultura buscan las formas y las transforman en figuras, algunas de ellas como el Moisés o las Meninas pueden constituirse en monumentos transtemporales.

La cantidad hace la diferencia entre la gota de rocío y el mar. El último es mejor para humectar el ambiente, la primera es mejor para refrescar una flor. Ambas son dignas de ser contempladas. La cantidad discreta se identifica con la multiplicación de existentes. La cantidad continua permite la eclosión de las partes en la extensión.

Una relación como la amistad, puede considerarse como el mejor tesoro. Dígase esto y más de la paternidad, la filiación, la fraternidad,...

La acción procede de la plenitud de la potencia activa y perfecciona al sujeto que la ejerce si la acción es vital –inmanente–. Cantar, pasear, leer, aprender, saber, amar son bondades notables. Dejarse educar, ser amado, son pasiones maravillosas.

Tantos lugares resultan entrañables y tantos otros dignos de visitar.

Del accidente situación –distribución de las partes en el lugar– resulta el dormir bien, gracias a una buena o inmejorable postura; el diseño de los sillones y los asientos de los transportes cobra cada vez mas importancia. Al apostador le va la vida en función de la posición de las caras de los dados arrojados al tapete.

Mientras mas se acumula en el hombre, mayor importancia reviste el tiempo.

El hábito para el monje, los vestidos para las mujeres –y también para los hombres– se consideran muy buenos. Los niños visten muñecos y los viejos perros.

12. El placer es una medida de valor -al menos en cierto sentido, como después se verá- ya que resulta de la posesión del bien sensible. Y la posesión del bien es mejor que su ausencia (reflejada en el deseo).

Si el valor se encuentra no en una, sino en todas las categorías del ser, la conclusión es que trasciende a las categorías.

Parece que el valor es coextensivo al ser ya que es mejor existir que no existir. Además parece que todo existente es no solo bueno, sino mejor que otro, al menos en ciertos aspectos y para ciertos apetentes. *El valor podría definirse como el ser preferentemente apetecible.*

No obstante esto no basta para concluir que el valor sea un trascendental del ser.

Abelardo Lobato enumera las condiciones para calificar a una realidad como propiedad trascendental del ser.

"La propiedad del ente requiere el cabal cumplimiento de tres condiciones. a) La primera es la conversión con el ente. Ha de permanecer la misma verdad en la inversión del sujeto a predicado y del predicado a sujeto, porque ambos designan el mismo objeto y tienen la misma extensión. b) La segunda condición es que se de un desarrollo nocional de lo implícito a lo explícito. La identidad en el significado está amenazada de un peligro: la tautología, anquilosis del pensamiento. Este solo vive en la adición de nociones, en la inclusión y exclusión de los objetos conocidos. El juicio no es válido mientras la cópula no enlaza un predicado y un sujeto de contenido desigual. Por tanto, las propiedades del ente, conservando el mismo contenido real, deben enriquecer la noción. No dicen más que el ente de un modo más explícito. Esta explicación es suficiente para posibilitar el juicio y, mediante él, efectuar el desarrollo del ente en una cadena de nociones que lo patentizan. c) La tercera condición es la derivación gradual de las propiedades. Resultan de un proceso ordenado "En todas aquellas cosas que caen bajo la aprehensión del hombre, se encuentra cierto orden" (S. Th. I-II, 94,2). El orden de derivación en las propiedades es semejante al de la formación de diversos estratos enlazados. En un despliegue intensivo. La primera sirve de apoyo a la siguiente, la cual, a su vez, la contiene y la determina. Esto hace que las nociones últimas sean más complejas que las primeras, que el despliegue del ente sea un positivo enriquecimiento. El principio del orden hay que derivarlo del mismo ente. Las propiedades que digan referencia exclusiva al ente como algo absoluto, han de preceder a las que lo expresan en relación con algo. Y, entre estas, la que diga relación al entendimiento ha de ir delante de la que diga relación a la voluntad. (...) "El ente tendrá tantas propiedades trascendentales cuantas sean las adiciones que, añadiendo algo a su concepto, se convierten con él y participan de su ordenado despliegue"¹³

El valor no cumple perfectamente con la segunda condición señalada –añadir algo a su concepto– puesto que la bondad comparativamente mayor que indica, no es en el fondo sino un grado de la misma bondad. Tampoco cumple la noción de valor con la tercera condición –participar del ordenado despliegue del ente–. Sin embargo, cumple con la primera, ya que ser y valor son perfectamente convertibles.

13. Lobato, Abelardo. *Ser y belleza*, Ed. Herder, Barcelona, 1965. p. 109-110.

En cualquier caso, o el valor se clasifica como una especie de bien, o se considera como un trascendental derivado –por lo que no tiene que seguir el orden de despliegue del ser, obligado para los trascendentales originales clásicos, ni tampoco está constreñido a añadir al ser una razón totalmente distinta de la que le añade el bien–. Entre los trascendentales del ente, con carácter derivado, cabría mencionar la actividad (todo ser es activo) la actualidad (todo ser es actual) la cognoscibilidad (todo ser es cognoscible) la eficiencia (todo ser es causa eficiente) la finalidad (todo ser es teleológico), la cohesión (todo ser se aferra a sí mismo o a la substancia en la que inhere), etc.

En síntesis, *el valor es una especie de bien, que se distingue de este por un grado mayor de atracción respecto al apetito y también por un grado mayor de perfeccionamiento del apetente que lo alcanza*. Y además, el valor no sólo no es ajeno al ser, sino que es convertible con él.

No se puede valer si no se es. Y en la medida en que se es, se vale, porque el valor aumenta en proporción directa con la actualidad del ente.

2. HOMBRE Y VALOR

A pesar de que el valor recorre todas las categorías del ente y todas las especies de substancia, salta a la vista que hay un ser substancial especialmente afín al valor: el hombre.

Ya es clásico el aforismo fenomenológico que afirma que el hombre es el portador y el realizador de los valores.

Agustín Basave explica que para los animales no hay valores, ya que estos solo pueden ser reconocidos racionalmente¹⁴. El valor, dice es respectivo al hombre.

"El valor se da en el entrecruce del hombre y el mundo", escribe Mauricio Beuchot.

¿Y por qué es así?

Mientras que el apetito natural es ciegamente atraído por su objeto, por su bien propio, el apetito elícito está precedido de conocimiento.

Los entes inferiores no captan el bien, son atraídos por él como el imán por el metal. Esto sucede en la esfera de los seres inorgánicos y en la de los vivientes vegetativos.

Los animales, además de apetito natural, poseen apetitos precedidos de conocimiento, pero, solamente de conocimiento sensible. Este tipo de conocimiento les permite captar lo bueno, aunque no como bueno, sino como un estímulo que los mueve a alcanzar la cosa buena. Si a una bestia se le presentan diversos bienes, responderá siempre a favor del más acuciante: el animal está determinado por el estímulo mas fuerte.

14. Con este argumento rebate la tesis scheleriana del sentimiento del valor. Cfr. Basave, Agustín. *Fundamento y esencia de los valores*. Revista de la Sociedad Mexicana de Filosofía. N° 1. México, enero, 1999.

El hombre, que es un complejo de apetitos, los tiene todos: los ciegos apetitos naturales, los apetitos ilícitos sensibles y el apetito ilícito (precedido por el conocimiento racional) voluntario.

El hombre no carece de estímulos, pero no está determinado por ellos.

Ante el cúmulo y la diversidad de atractivos que se le presentan, el humano, que es libre, delibera.

Deliberar consiste en considerar los bienes optables, compararlos y jerarquizarlos. Deliberar implica valorar.

Entre todos los otros seres ya mencionados, sólo el hombre tiene la capacidad de valorar.

Pero, el hombre no sólo tiene la capacidad de valorar, sino, además, tiene la necesidad de hacerlo, por no estar determinado por el estímulo más fuerte. A esta necesidad psicológica o vital de actuar libremente, se añade la obligación que tiene, como ente moral, de conducirse a la altura de su dignidad de persona.

Tiene la necesidad de valorar porque en la edad adulta debe conducir su propia vida tanto en función de los fines terrenos, como en función del fin último.

La operación de los seres vivos es el medio por el que estos se perfeccionan. Pero las operaciones de los vivientes infraracionales ya están determinadas, así que su ejercicio logra su perfeccionamiento. El hombre, cuya naturaleza es más perfecta que la de los otros vivientes, debe ejercer operaciones de mayor plenitud, para no degradarse al nivel de las bestias o al de las plantas. Está impelido a que su acción no sea solo buena, sino mejor que la de aquellos, es decir, valiosa.

En el obrar, o mejor dicho en el actuar infrahumano no cabe el mal, el desacierto. En el obrar humano sí. Cabe el mal técnico: la ineficacia; y cabe el mal ético: la inmoralidad. Sin embargo, el ser tiende al bien, la privación del bien debido, le duele al ser y especialmente al hombre, porque es capaz de aquilatarlo.

Salvo escasas excepciones, el conocimiento animal no señala bienes aparentes. El hombre, por el contrario, puede ser atraído por algo que –sin serlo– considera bueno.

La posibilidad del bien aparente en la vida humana obliga al hombre a distinguirlo del bien verdadero, del verdadero bien.

El verdadero bien es un *plus* de bien, el bien bien, el bien mejor: el valor.

La pluralidad de apetitos y la multitud de bienes o pseudo-bienes que lo atraen, requieren del hombre la integración de su conducta, de tal modo, que el actuar por capricho, por ligereza o por egoísmo no convierta su opción en ineficaz y –menos aún– en inmoral.

Cuando el apetito se rectifica por la razón verdadera, cuando el hombre no busca un fin (bien) particular desarticulado de su fin total, y no busca un fin (bien) mediato no ordenable a su fin último, entonces el hombre actúa integralmente (tomando en cuenta todos sus apetitos) vertebradamente (engarzándolos

en el orden debido), armónicamente (requiriendo de la voluntad un gobierno político y no despótico sobre los inferiores y sobre sí misma) y jerárquicamente (anteponiendo el fin último a todos los otros fines, pero procurando todos los demás ordenables a aquél).

El universo de los bienes (psicológicamente considerados) puede concebirse como desarticulado y parcial. En este reducto el adúltero confesará que él busca el amor de su vecina, no el dolor de su esposa. La ladrona esgrimirá que es bueno tener un reloj bonito y que, la persona a quien se lo sustrajo, ya no distinguía los números de la caratula...

El hombre no puede perfeccionarse en función de lo psicológicamente bueno (es decir las bondades propias y desarticuladas que persiguen los apetitos vitales) debe tender a ello sin menoscabo de los bienes eficaces y –sobre todo– de los bienes morales. No basta lo bueno (simplemente, psicológicamente bueno) sino lo bueno integral (psicológico, eficaz o técnico y moral) vertebrado y armónico y, por lo tanto, jerárquico, es decir lo más bueno. Lo mejor: lo valioso.

Así el valor se concibe como el verdadero bien, el objetivo. El bien dictado por la recta razón. El bien integral, vertebrado, armónico y por ende jerárquico. ¿No son estas las características del valor?

La distinción entre bien y valor

El valor añade al bien, la razón de *preferible*.

Ahora bien, la preferencia implica un juicio. Y el juicio supone la capacidad de conocimiento racional.

Así, el valor no es lo "más atrayente" para los seres infrahumanos, sino lo "preferible", lo "considerable como mejor opción" para los seres humanos. Lo bueno para el hombre adquiere la dignidad de valioso, señalando la diferencia entre lo apetecible para cualquier apetito (natural o elícito) y lo preferible por apetecer, que implica ordenación al perfeccionamiento humano integral.

La diferencia entre lo bueno y lo valioso, destaca también la subordinación intrínseca del universo infraracional al hombre, hasta el extremo de poder considerar al universo entero al servicio del hombre.

Cara al perfeccionamiento humano, algunos seres buenos pueden lesionar al hombre, mientras que cualquier valor contribuye a su perfeccionamiento. En el orden de la bondad cabe que alguna bondad sea sólo una bondad aparente. En el orden axiológico todo valor es un auténtico bien.

Para comprender más profundamente la diferencia entre bien y valor, es conveniente hacer algunas precisiones:

- 1) Que el bien sea lo apetecible significa que *podría* ser apetecido por algún apetente. Nada más que eso.
- 2) Que todo ser es bueno significa que por estar en acto (por existir) cualquier ser es *apto para colmar algún apetito* por humilde que este sea. (incluido su propio apetito natural, el cual tiende a persistir en la existencia).

- 3) Que el bien puede ser aparente significa que la razón de bien atribuida a un ser por el conocimiento del apetente, puede ser irreal, falsa. Lo que el conocimiento presenta como bueno al apetito, puede no serlo.
- 4) Que debe distinguirse entre el bien ontológico (en el orden trascendental todo es bueno, en el sentido indicado en los primeros incisos) y el bien predicamental (en el orden categorial o predicamental cabe lo bueno y lo malo, es decir la carencia de un bien debido, ya de carácter físico –mal físico– ya de carácter técnico o gnoseológico –lo ineficaz o mal técnico– o sea de carácter moral –lo inmoral o el mal moral–).
- 5) Que el bien integral es el que engloba los anteriores bienes, plenificando al hombre en sus distintos aspectos.

El hombre no solo requiere el bien en si u honesto (que incluye al moral y al técnico-gnoseológico). "Nadie puede vivir sin delectación": la naturaleza humana exige el bien deleitable y siempre el bien físico.

- 6) Que el bien predicamental está constituido por el modo, la especie y el orden. El modo se refiere a la individualidad y existencia del bien. La especie consiste en la esencia del ser, en su género y diferencia específica, en su forma. Y el orden es la inclinación de cada cosa a su fin y la operación mediante la que alcanza dicho fin o difunde su perfección a otras cosas.
- 7) Que el bien predicamental exige la perfección de todos sus elementos (modo, especie y orden) y el mal resulta de cualquier defecto.
- 8) Que lo mejor entre lo bueno, y, por ello, *lo valioso*, es aquello que, en su orden, excluye cualquier defecto.
Así, lo valioso coincide con el bien predicamental. (Recuérdese que el bien moral es también predicamental).
- 9) Que algunos bienes predicamentales (especialmente los actos libres –seres psicológicos–, y por ello bienes físicos, y las relaciones contingentes de los actos libres con metas terrenas o temporales –seres técnicos o bienes eficaces) pueden constituir, al mismo tiempo, males morales. Y a estos se les puede llamar bienes, pero no valores.
- 10) Que algunos bienes morales, pueden constituir, al mismo tiempo, un mal físico o un mal técnico. A los males físico o técnico, se les podría llamar formalmente valor pero no materialmente valor.
- 11) Que esto significa que el valor excluye cualquier mal moral. Y que puede excluir ciertos males físicos o técnico-gnoseológicos, al menos si se trata del valor materialmente considerado.
- 12) Que el poder denominar valores a la integración de los bienes físicos, técnico-gnoseológicos y morales, ordenados al fin último del hombre, facilita mucho el lenguaje antropológico, educativo y ético.
- 13) Que la definición de lo bueno es "el ente mismo en cuanto fundamento de una relación de razón de conveniencia al apetito". Mientras que la definición de *lo valioso* es "el ser como preferentemente apetecible para el

hombre" o más precisamente "el bien juzgado por la recta razón como conveniente para el perfeccionamiento integral y jerárquico de la naturaleza humana".

Sujeto próximo del valor

El sujeto del valor, en quien se asienta el valor; su sujeto remoto, ya quedó asentado, es el hombre. El sujeto próximo, desde luego, son los apetitos humanos: los apetitos naturales, los sensibles y el voluntario. Sin embargo, no todos ellos tienen las mismas características, a través de algunos de sus apetitos el hombre actúa, mientras que padece la acción de algunos otros (que lo dominan sin remedio).

Así el hombre no puede elevar todas sus tendencias al orden del valor, porque no es dueño de todas ellas.

Los actos "de hombre", que pueden alcanzar la bondad psicológica, no pueden acceder a la categoría de valores.

La voluntad cuyo acto fundamental es el querer (acto elícito de la voluntad) acto en el cual no participa ninguna otra potencia, es capaz de gobernar, de "imperar" algunos actos de las otras facultades. Así aparecen los actos imperados de la voluntad sobre otra potencia.

El apetito voluntario es el sujeto próximo del valor. Así, lo propiamente valioso es el acto humano o acto libre.

Puesto que el hombre es dueño de sus actos voluntarios, ellos revisten siempre un carácter moral (además de su carácter psicológico)¹⁵. Y, desde luego, pueden revestir un carácter poético –técnico, eficaz– también calificable como positivo o negativo.

Por su carácter espiritual –y no meramente inmaterial– es el apetito voluntario como naturaleza (voluntas ut natura) el que señala el fin último del hombre.

A la irrestricta apertura de la voluntad, debida a la irrestricta iluminación del intelecto, se debe que el objeto propio de ella no pueda ser menor que lo absolutamente bueno, el bien sin carencia alguna, lo omnímodamente bueno: la felicidad.

Valores y virtudes

La fuerte inclinación general por identificar los valores con las virtudes, exige reflexionar sobre el asunto. En tanto que los actos valiosos representan la conducta intermitente o aisladamente valiosa del hombre, los hábitos confieren a esa conducta el carácter de permanente. Además el hábito bueno, la virtud, constituye una especie de "segunda naturaleza", de "inclinación natural" (podría decirse lo mismo: de "apetito natural") que facilita, perfecciona y hace agradables los actos virtuosos.

15. "El acto humano, por su substancia pertenece a una especie natural, y, sin embargo, por sus condiciones morales que accidentalmente le sobrevienen, puede pertenecer a dos especies diferentes". Aquino, Tomás de S.T. 1-2q. 18 a. 7. También q. 18 a. 4, q. 20 a. 3 y q. 20 a. 6.

Qué duda cabe que la virtud es "mejor", "preferible" a la simple acción buena. Por ello realiza mejor el concepto de valor.

Ya escribía Aristóteles que el hombre virtuoso es el hombre feliz. Si la vida virtuosa se asemeja tanto a la felicidad, siendo la felicidad el fin último, la meta de las metas del hombre, la virtud no es sólo un bien mejor sino un bien rayano en lo óptimo. Así la virtud encarna mejor que ninguna otra realidad, el concepto de valor.

Además, ya que la vida virtuosa está en la cima de la vida moral y aun de la religiosa y siendo los valores religiosos y después los morales, los valores superiores, no extraña la sinonimia entre valor y virtud.

3. ANALOGÍA DEL VALOR

El término valor es análogo.

Siendo lo perfecto lo óptimo de lo bueno, de haber un ser omnímodamente perfecto y omnímodamente perfecto de los demás seres, ese sería *el análogo principal del valor: Dios*.

Para Sheler "En la cumbre de los valores nos encontramos con lo divino y lo sagrado. Y algo de primordial importancia: todos los valores posibles están fundados sobre el valor de un espíritu infinito y personal"¹⁶.

"El supremo valor es Dios: acto puro y actualidad suprema. A mayor actualidad, mayor valor; a mayor potencialidad, menor valor"¹⁷.

El valor es un tipo de bien y este se divide en fin y medio. El fundamento de esta división es lo que lo bueno tiene de formal, atendiendo más a lo apetibilidad que es el añadido de la razón que tiene el ente bueno. Así, lo que se apetece por sí mismo es el fin mientras que lo que se apetece por otro, -para alcanzar el fin- es el medio.

"Es claro, escribe García López, que el fin es intrínsecamente bueno, puesto que es apetecible por sí mismo, tanto si se trata del fin objetivo (aquella realidad que es fin), como si se trata del fin subjetivo (la posesión real del fin objetivo)"¹⁸. "Primero y principalmente se llama bien al ser perfecto de otro a modo de fin"¹⁹.

En la división del fin en último e intermedio, sucede algo semejante: el último es más apetecible que el intermedio porque entraña un bien mejor, un bien en sí.

En la división del bien en honesto deleitable y útil, se ve que el honesto coincide con el fin objetivo y el deleitable con el subjetivo; en cambio el bien útil coincide con los medios.

Así, resumiendo, los fines son "mejores" que los medios (y entre los medios hay unos mejores que otros) los fines últimos son "mejores" que los intermedios

16. Cfr. Basave, Agustín. *Tratado de Filosofía*. p. 245

17. Op. Cit. p. 246

18. García López, Jesús. *Lecciones de Metafísica. Ontología*. Ed. EUNSA. p. 165.

19. Aquino, Tomás de. *De Veritate*. 21 a. 1.

(entre estos hay unos mejores que otros) Y los bienes honesto y deleitable –por identificarse al fin objetivo y al subjetivo, respectivamente– son "mejores" que los bienes útiles asimilables a los medios.

El primer analogado del valor, absolutamente hablando, es el fin último objetivo (sinónimo del bien honesto o bien en si supremo) o valor subsistente.

El segundo analogado del valor es el fin último subjetivo (sinónimo del sumo bien deleitable) que es la felicidad.

Después vienen:

Los fines intermedios objetivos y subjetivos (o los otros bienes honestos y deleitables).

Y por último:

Los puros medios o valores meramente útiles.

Una segunda división del bien, se refiere a la dignidad espiritual de las personas en comparación con los seres infraespirituales. Aquí el fundamento de la división es también aquello que lo bueno tiene de formal, pero atendiendo primordialmente al añadido real que es la perfectividad.

Para el caso del valor, como este se centra en la persona humana, y la perfectividad consiste en la actualidad operativa, la división se hará entre valores de las operaciones espirituales propias de la persona humana (quien es bien honesto) y los valores de las operaciones de los seres meramente corpóreos.

Los dos tipos de las operaciones de la persona humana, son aquellas que consisten en la posesión y goce del fin, y las que disponen a esa posesión.

Pero como el fin puede ser último absoluto (trascendente al tiempo como lo es la persona misma) o último relativo (inmanente al tiempo) cabe distinguir entre el fin eterno o moral y los fines terrenos o poiéticos o técnicos de la persona.

Por lo anterior:

El primer analogado del valor, es la operación en la que consiste la felicidad formal, y este es el mas excelente bien moral.

El segundo análogo del valor son las operaciones que conducen a la felicidad. Son también bienes morales. Se trata de las virtudes morales (por ser mas estables y por ello mas perfectas) y de los actos morales valiosos.

Después vendrían las operaciones que conducen al bienestar terreno. Se trata de las virtudes formal y materialmente intelectuales, tanto las especulativas como la práctica. Y en seguida vendrá el valor de las acciones técnica o teóricamente correctas.

En el último peldaño de la analogía del valor, se encuentra la operación y –en su caso– la mera actividad de los seres infraespirituales²⁰.

20. Respecto a los valores de las operaciones de los seres infraespirituales, dice García López que "aunque los agentes naturales, las meras cosas, tienen también su bien, el bien físico que les es congruente" (...) (y en el orden operativo), "es esa actividad precaria, esa actividad extrínsecamente activada, de los agentes naturales, la que les proporciona todo el bien de que son capaces" (...)

4. LAS CONCEPCIONES AXIOLÓGICAS TRADICIONALES

Con respecto a la existencia de los valores, Mauricio Beuchot apunta que "se han adoptado las tres posturas clásicas relativas al problema de los universales. Una platónica, según la cual los valores existen y subsisten en sí mismos, y son captados por una intuición inmediata y directa (ya de tipo intelectual, ya de tipo emocional). Otra nominalista, según la cual los valores son totalmente producto del hombre, constructos suyos. Otra realista moderada, de línea aristotélica, en la cual ni todos los valores son creados, ni todos ya dados; inclusive, los que no son artificiales, sino naturales, se dan con la participación del hombre. Es decir, se dan en el encuentro del hombre con el mundo. No son valiosos porque el hombre los toma como tales, sino que los toma como tales porque son valiosos."²¹

Además de sortear el realismo exagerado de Platón y el nominalismo, es necesario superar los problemas que plantea la escisión entre ser y valor y el tipo de conocimiento propio de él.

El valor es y por eso vale

Afirma Agustín Basave F. que "es insostenible el dualismo entre ser y valor. Si los valores son algo que se ofrece como contenido de un acto ¿cómo puede pensarse que este algo no sea ser? ¿cómo puede haber un campo de objetos que no son?"²²

La filosofía realista, finca el valor en el ser "Donde la relación es objetivamente de activación del ser, escribe Brunner, un ente resulta valor para otro; donde es de lesión del ser, un ente resulta contravalor o un mal"²³.

Para Linares Herrera "Valor es aquella peculiar situación o aspecto del ser, que consiste en el sentido de importancia, notoriedad, dignidad o jerarquía que le sobrevive a efectos de su ajustamiento a la ley o principio de finalidad que satura todos los ámbitos del ser"²⁴.

Oswaldo Robles hace la sinonimia entre valor y bien adecuado "El valor, afirma, es una relación entre el ente en acto y la tendencia natural"²⁵.

Para Paul Siwck, el valor es aquello "que corresponde a la finalidad intrínseca del ser"²⁶.

"están en un plano muy inferior a los agentes libres, las personas, como ordenadas a estas. Y por ello, la relación del bien físico" (...) (o infraespiritual) "al bien moral" (...) (o espiritual) "es semejante a la relación de los medios al fin. Y así como los medios son buenos en tanto en cuanto conducen al fin, así también el bien físico" (...) (infraespiritual), "en tanto se puede considerar como bueno en cuanto subordinado y puesto al servicio del bien moral" (espiritual) García López, *Ibid.* p. 168.

21. Beuchot, Mauricio. *Sobre los valores*.

Rev. Logos. No. 75, 1997. p. 35.

22. Basave F., Agustín. *Tratado de Filosofía*. Ed. Limusa. p. 245.

23. Apud. Basave F., Agustín. *Tratado de Filosofía*. Ed. Limusa. p. 246.

24. *Ibid.*

25. *Ibid.*

26. *Ibid.*

Mauricio Beuchot explica "algunos pensadores, como Lotze, Hartmann y –al menos en cierta medida– Max Scheler, han querido colocar el valor como algo aparte del ser, en una región propia, la del mero valor, diciendo que los valores no son, sino que valen. Yo creo que no es correcto; me parece que el valor es algún tipo de ser, algo del ser, que el ser por ello es anterior al valor en cuanto condición de posibilidad suya, esto es, para valer hay que ser"²⁷.

Teófilo Urdanoz escribe, sobre la unidad de ser y valor un artículo intitulado *Filosofía de los valores y filosofía del ser* (Ciencia tomista, 76 (1949) pp. 91 y 92).

Basilio Rueda escribe un libro *Ser y valor* sosteniendo la misma tesis.

Jaques Maritain sostiene lo mismo especialmente en su libro *Las nociones preliminares de la Filosofía Moral*. Octavio N. Derisi dedica al tema espléndidos pasajes de sus libros: *Fundamentos metafísicos del orden moral*, *Filosofía de la cultura y de los valores*, y *Ética de Max Scheler*.

El valor se conoce intelectualmente

Basave califica de inaceptable la intuición emocional a priori –opuesta al conocimiento teórico–.

Antonio Linares Herrera, precisa: "Este sentimiento intencional, órgano específico de aprehensión del valor, o es un conocimiento o no lo es"

Las facultades animales y racionales, se dividen en aprehensivas (o de conocimiento) y apetitivas (o de afecto). Los sentimientos –también llamados pasiones– son los actos propios de los apetitos sensitivos, y tienen lugar sólo como reacción a un bien o mal sensibles presentados por la aprehensión sensitiva. El sentimiento no sólo no es aprehensivo sino que prerequiere de una aprehensión de los sentidos.

Según quedó dicho al presentar la diferencia entre bien y valor, los bienes sensibles son captados por los sentidos, pero no así los valores, que implican "deliberación" y por lo tanto conocimiento intelectual.

El conocimiento del valor –intelectual en todo caso– implica un conocimiento especulativo.

En el orden moral no puede juzgarse la calificación de un acto libre concreto (como el de apoderarse de la pelota del vecino sin su consentimiento) si no se sabe previamente que la especie "robar" es intrínsecamente mala. Es preciso, por lo tanto, saber que hay especies morales buenas, indiferentes y malas.

Que las dos primeras son ordenables al fin último del hombre y las últimas no lo son. Hay que saber que además de la bondad de su especie, las circunstancias de la acción libre también deben ser buenas, en especial la intención de quien obra.

En pocas palabras, hay que conocer –aunque sea de modo rudimentario y conciso– los principios fundamentales de la moralidad y las normas morales o ley moral natural.

27. Beuchot, Mauricio. Op. Cit. p. 33.

Por lo tanto, la vida moral implica un aprendizaje teórico sobre los principios morales. Dicho aprendizaje es parte constitutiva de la formación de la conciencia, es decir, del modo de juzgar en concreto la acción libre. Esto significa que, además del conocimiento teórico, la aprehensión del valor exige un conocimiento práctico. Y que la conciencia verdadera es la que emite un juicio práctico de acuerdo con la ley moral objetiva –o con la recta razón–, es decir con los principios teóricos del orden moral.

El papel del sentimiento es nulo cara a este tipo de apreciaciones.

Sin embargo, en función de la aceptación intelectual de las normas teóricas del obrar y, sobre todo, en función del juicio de conciencia –que es práctico– la inclinación de los apetitos revisten especial importancia.

Estos apetitos son –materialmente hablando– el apetito concupiscible y el irascible (ambos sensitivos) y formalmente hablando, y por ello principalmente, la voluntad.

Al afirmar que el hombre virtuoso tiene un juicio moral mas claro, se dice que este juicio –tanto teórico como práctico– está mas libre de las influencias de las pasiones y del egoísmo. Además, cabe el conocimiento del bien por connaturalidad. Así que la afectividad superior –no lo sensible– desempeña un papel importante, aunque no protagónico, en el escenario del conocimiento de lo moral.

Integración de las concepciones axiológicas tradicionales

Superados los problemas de la condición ontológica del valor y de su aprehensión intelectual, que no pudieron resolver algunos de los fundadores de la Axiología, conviene mostrar las muchas coincidencias del realismo axiológico con los planteamientos clásicos de los fenomenólogos.

a) El valor es jerárquico

Antes se señaló el carácter analógico –y por ello jerárquico– del valor.

La definición del valor como previamente se estructuró: *el bien juzgado por la recta razón como conveniente para el perfeccionamiento integral y jerárquico de la naturaleza humana* implica jerarquía en el perfeccionamiento y por lo tanto jerarquía en lo perfeccionante.

b) El valor es bipolar

En tanto que el bien ontológico no tiene por contraparte el mal, el valor (que es *simpliciter* una especie de bien categorial) tiene por contraparte al anti-valor. Esto también se sigue de nuestra definición, puesto que, como es obvio, no toda acción es conveniente para el perfeccionamiento de la naturaleza humana. El valor es, desde la perspectiva lógica, una noción menos extensa y con más notas integrantes, que la noción de bien ontológico. Por ser más exigente, resulta aplicable a un menor número de sujetos.

c) Respecto al valor se juzga sobre lo preferible y lo postergable

Preferir y postergar es una acción judicativa, propia del intelecto práctico,

como antes se destacó, la deliberación implica la comparación entre los medios para alcanzar un determinado fin. Para llegar al perfeccionamiento integral y jerárquico de la propia naturaleza, cada hombre tiene que sopesar la idoneidad de los caminos a seguir. Las circunstancias, especialmente la disposición virtuosa –o viciosa– en cada momento, influirán en las "preferencias" axiológicas del sujeto.

d) El valor se sitúa en el ámbito humano

Como ya se asentó, el valor es el bien juzgado por la recta razón como conveniente para el perfeccionamiento integral y jerárquico de la naturaleza humana.

El valor no atañe a las distintas naturaleza infrahumanas, porque: 1) ninguna de estas es dueña de sus actos, 2) ninguna es capaz de juzgar y menos aún de deliberar.

El valor tampoco es pertinente a las personas suprahumanas o simplemente espirituales, ajenas a la valoración porque por estar fuera del tiempo, no requieren de deliberación alguna.

e) El valor se predica principalmente de la virtud

1) Porque a través de la virtud se alcanza el fin último del hombre (El objetivo: Dios, el primer analogado del valor y el subjetivo: la felicidad) 2) Porque los seres se perfeccionan mediante sus operaciones y las mejores para la naturaleza humana son las virtudes.

f) Los valores morales ocupan, junto a los religiosos el peldaño mas alto en la jerarquía de valores

g) El valor se predica del bien por alcanzar, como idealidad y del bien realizado, encarnado en el hombre.

Aunque se diga con más propiedad del primero.

5. LA EDUCACIÓN EN VALORES

Algunos educadores han concebido a la educación en valores como una sub-especie de la educación.

Por el contrario, es necesario sostener que *la única posibilidad de la educación es la educación en valores.*

Ya que educar es desarrollar a la persona, o bien actualizar sus potencialidades, o bien proveer al hombre de hábitos como los artísticos –entre los que se encuentran la estudiosidad, la investigación, la metodología científica, las bellas artes o calopoesía, las artes menores, las artesanías, las distintas tecnologías y los oficios– educar es proveerlo también de los hábitos científicos y los sapienciales. Educar, por último es modelar la conducta del hombre en la probidad, la honestidad, la bonhomía, es decir, procurar al educando no sólo las virtudes intelectuales sino, también y ante todo, las virtudes morales. Ya que eso es educar, entonces educar es procurar que el educando adquiera las virtudes intelectuales y las virtudes morales. Educar es hacer del hombre un ser virtuoso: señor de sí

mismo –mediante la fortaleza y la templanza–, solidario –mediante la justicia– competente para promover el bienestar terreno –mediante el arte, la ciencia y la sabiduría– e integrado y jerárquico –mediante la prudencia y la sabiduría–.

En el desarrollo precedente, a propósito de la analogía del valor, se destacaba la virtud como uno de sus analogados privilegiados.

Los reduccionismos en la educación

Frecuentemente se hace la sinonimia entre *aprendizaje* y *educación*. Ciertamente el aprendizaje es indispensable en la adquisición y el crecimiento de las virtudes intelectuales, pero no es convertible con ellas; es una condición instrumental indispensable.

Reducen la educación al proceso enseñanza-aprendizaje, muchas escuelas pedagógicas y psicológicas, convirtiendo en fin lo que debe ser un medio.

En esta línea *se reduce* también *el ejercicio intelectual al ejercicio memorístico*. Y por consecuencia *se privilegia la información sobre la formación y la erudición sobre la sabiduría*.

Generalmente en las escuelas pedagógicas dependientes de las ciencias y –sobre todo– de las tecnologías experimentales de corte empirista o positivista, *se reduce el conocimiento al conocimiento sensible o –cuando más– al conocimiento empírico*. Y, por consecuencia, *se privilegia lo práctico sobre lo especulativo*; y con ello *se subordina lo científico a lo técnico y lo necesario a lo contingente*.

Algunas líneas pedagógicas *reducen la educación al mero desarrollo cognoscitivo, desarticulado de la dignidad de las virtudes intelectuales, y ajeno a las virtudes morales*.

En estos contextos hablar de *dignidad de la persona* significa referirse a la *importancia del desarrollo ciego del organismo humano*. La así llamada *Psicología personalista*, milita en las filas de la *psicología sin alma*.

Ciertas escuelas *centran la educación en el ejercicio de la libertad ajena a la verdad*, e incluso, "liberada" de ella. Estas suelen *substituir al conocimiento intelectual –objetivo– por el sentimiento*, que al proceder de los apetitos –que son ciegos– se encuentra fatalmente reducido a lo *subjetivo*.

Las corrientes sentimentalistas *reducen lo humano a lo afectivo y lo afectivo a lo sentimental*, excluyendo de la educación el orden de lo cognoscitivo y el orden de lo voluntario. Cuando estas corrientes hablan de *libertad*, en realidad se refieren al *mero capricho emocional de un sujeto* –si bien conscientemente advertido–.

Los enfoques evolutivo-cognitivo de Piaget- K lberg en el Centro de Desarrollo Moral de Harvard y las corrientes de la Clarificación de valores derivada del pensamiento de Karl Rogers, responden al esquema anterior y protagonizan las dos vertientes en voga en lo que respecta a la Educación en valores o educación moral, hoy en día. De diferentes maneras ambas derivan del kantismo en su aspecto de autonomismo y formalismo moral.

LUZ GARCÍA ALONSO
Ateneo Filosófico. Mexico